Kalakorikos, 1. 1996, pp.: 85-93

LA POESIA MÍSTICA DE SOR ANA DE LA TRINIDAD

por

Jesús Fernando Cáseda Teresa*

Hace apenas cuatro años, en 1992, la Imprenta de Monte Carmelo, en Burgos, daba a la luz una interesante colección de poemas atribuidos a la carmelita Ana de la Trinidad, del Carmelo de Calahorra[1]. El hallazgo fortuito sirvió para descubrirnos una interesante colección de 19 sonetos de la, en vida secular, llamada Ana de Arellano y Navarra, hija de D. Juan de Arellano y de Dª. Juana de Ureta, señores de Alcanadre, Ausejo y Murillo de Río Leza. La circunstancia es ya notable en el doble aspecto de formar la primera colección poética de literatura ascético-mística riojana, y asimismo por proceder de donde viene, de un miembro de la importante familia de los condes de Aguilar.

Conocemos a partir de lo datos contrastados de la superiora del convento calahorrano, Cecilia del Nacimiento, hija del Rector de la Universidad de Valladolid, que a los 20 años Ana, nacida en 1577 en Alcanadre, se encuentra en un cercano monasterio a unas tres leguas de Calahorra (Herce, sin ninguna duda). Sin embargo sus padres se oponen a su fuerte e irreductible deseo de ingresar en la orden carmelitana y por ello, después de diversos enfrentamientos, decide en la noche del uno de agosto de 1598 una huida al convento de Calahorra. Le acompañan diversos amigos y sufre diversas penalidades en su marcha, entre otras una cruel caída que le provoca lesión de varias vértebras. Apercibido su padre de la nueva, envía un tropel de gente que la da alcance y con ello vino el final de la aventura que concluyó, según la informante, con los huesos de algún amigo de Ana en las mazmorras de Santo Domingo de la Calzada.

Finalmente su ferviente deseo se hizo realidad y pudo ingresar en el aludido convento calahorrano bajo las órdenes espirituales de la superiora y la compañía feliz de su joven

---

*. Doctor en Filología Española. Profesor de la Univ. de La Rioja (Dpto. Filología Hispánica y Clásica). Profesor del I.E.S. Calahorra.

1. Esta es la edición que he manejado para este trabajo. La introducción, recopilación y transcripción fue realizada por Tomás Alvarez. Es una edición correcta, manejable que lleva, asimismo, diversas recreaciones pictóricas de Ana Carmen Azagra. No es sin embargo la única. A este respecto José M Díaz Cerón, al publicar las *Obras completas* de Cecilia del Nacimiento (Madrid, 1971), incluyó los poemas de sor Ana en la obra atribuyéndolos equivocadamente a Cecilia (pp. 587 y ss.)

compañera la Hermana Isabel de Jesús María. Conocemos detalles de su vida en la orden a través de los datos de su informante, quien no obstante ha de regresar en 1610 de nuevo a Valladolid. A través de ellos y luego de su compañera sabemos que compuso un número abundante de poemas, pero según Isabel de Jesús María, al enfermar de muerte Ana le rogó que quemase todos sus poemas. Para entonces afortunadamente su antigua Superiora había llevado consigo a Valladolid 19 sonetos que, finalmente, no tuvieron el destino de aquellos otros y que han llegado finalmente a nuestras manos. La prematura muerte de Ana, a los 36 años, nos privó sin duda de una de las mejores escritoras místicas de la literatura nacional.

Resulta importante notar cómo Calahorra en los primeros años del XVII no vive en ningún caso ajena a la importante vida cultural del último Renacimiento español sino que es un centro muy vivo dentro de la órbita literaria. Ana de la Trinidad es un ejemplo de ese espíritu místico tan peculiarmente nuestro de finales del XVI. Pero Calahorra cuenta además en aquella época con un importante ejemplo de novela picaresca, el *Guitón Onofre*, de Gregorio González[2], al que hoy situaríamos en Rincón de Soto, pero que en su siglo era tan sólo un "lugar de Calahorra". Importante obra que forma parte del reducidísimo número de los textos de aquel género. Un tercer hito importante lo constituye la presencia en la ciudad de su Obispo D. Pedro de Portocarrero, de 1589 a 1594, el gran amigo y destinatario de los poemas de Fray Luis de León[3]. Por todo ello cabe sin duda subrayar que todas estas circunstancias no son, tal vez, producto de la casualidad, sino que de alguna forma todas ellas guardan no pocas concomitancias. Sabemos que los Obispos de Calahorra colaboraron, entre ellos Portocarrero, en la obra del carmelo en la ciudad, cuyo convento fue fundado en 1598, poco tiempo después de su marcha, pero cuyo proyecto se fraguó durante su estancia en la misma[4]. Y conocemos también la importante relación de Gregorio González con los padres de Ana, de los que era su gobernador, una suerte de administrador de sus tierras. Todas estas circunstancias por lo ya dicho revelan cómo Calahorra en aquellos finales del XVI y primeros del XVII tiene un protagonismo hasta ahora poco conocido.

1598, año de la fundación del monasterio calahorrano, es sin duda un año importante en la historia de este país. En dicho año muere Felipe II y la ciudad colabora con las

---

2. Los estudios sobre Gregorio se han multiplicado últimamente, desde la primera edición de su obra: *El Guitón Honofre (1604)*, Valencia, Estudios de Hispanófila, 1973 Edic. de Hazel Genereux Carrasco. Añádase la última, ya riojana, de Cabo Aseguinolaza, quien ha publicado abundantes trabajos sobre la obra, entre otros otra edición en Salamanca, Almar, 1988. Otros trabajos importantes:José Miguel Oltra, "Los modelos narrativos de *El Guitón Onofre* de Gregorio González", *Cuadernos de Investigación Filológica,* X, (1984), pp. 55-76.

3. Alberto Acereda ha publicado un reciente trabajo sobre la vinculación de ambos escritores y su vinculación con la ciudad de Calahorra en su excelente trabajo "Fray Luis de León y Pedro Portocarrero:Tres odas del agustino al Obispo de Calahorra", Logroño, *Berceo*, (1993), pp. 9-19.

4. Véase la relación que ofrece Pedro Gutiérrez Achútegui sobre las vicisitudes de la creación del monasterio y su puntual indicación de la llegada del nuevo Obispo en su trabajo *Historia de la muy noble, antigua y leal ciudad de Calahorra*, Logroño, Editorial Ochoa, 1981 (2ª edic).

debidas exequias. El 22 de Noviembre, domingo, se levanta el pendón de la ciudad en honor de Felipe III. Entonces se reconoce en los documentos municipales que su Secretario Antonio Pérez es descendiente de la ciudad, pues su padre era de Calahorra[5]. Pero durante aquel mismo año se declara una importante peste en Logroño y dicha ciudad pide ayuda a Calahorra que colabora en su socorro.

Parece ser que es en 1601 cuando Ana acude al convento calahorrano a la edad de 24 años después de hablar en repetidas ocasiones el superior de Corella, fray Juan de San Alberto, con sus padres. Parece también, según la narración de la superiora Cecilia del Nacimiento, que "permitió el Señor padeciese graves tentaciones" aunque finalmente conjuró todo ello "con gran voluntad, y al punto hulleron aquellas molestias del demonio y ella quedó con tan gran consuelo y paz, que jamás le volvió tal tentación". Tomó por fin las órdenes definitivas y vino a padecer al poco graves dolencias, "que vino a estar tísica y se le descompusieron algunos huesos y padecía su enfermedad en pie y en la comunidad, y por eso y todo lo demás con mucha paciencia".

Hizo amistad Ana con algunos miembros notables de la Orden con los que mantuvo correspondencia epistolar, entre ellos con el Padre fray Antonio Sobrino, provincial de la orden, que sabemos agradeció el carácter dulcísimo de la hermana Ana. También con fray Tomás de Jesús, de la Congregación de Italia, que alabó su talante y excelentes prendas. Finalmente la informante da noticia del sufrimiento que padeció Ana y de su arrojo al llegar incluso a anunciar su muerte con espíritu apacible. Murió finalmente el 2 de abril, martes santo de 1613, no el día de la Purificación como sostiene Cecilia del Nacimiento.

Como no podía de ser de otro modo, la historia de los 19 sonetos corre casi paralela con el desafortunado olvido de su autora. Así de este modo cuando Cecilia regresa a Valladolid en 1610 con los poemas de sor Ana, los guarda con otros suyos y los copia finalmente de su puño y letra tal vez temiendo que se perdieran. Así, quedaron juntos con los de la propia Cecilia y otros que la superiora conservaba de fray Luis de León, de San Juan de la Cruz, de la madre Teresa. . . Cuando a primeros de este siglo algunos estudiosos descubrieron el valor poético de Cecilia creyeron que aquellos 19 sonetos eran también suyos y acabaron por atribuírselos equivocadamente. Así vino ocurriendo en las sucesivas ediciones de su autora e incluso en la excelente de José M. Díaz Cerón en 1971. Pero la fortuna permitió en 1991 dar con el cuadernillo original de sor Ana perteneciente a D. José María Cáraves en el pueblecito santanderino de Soto la Marina. Aquel descubrimiento se anunció en la revista de estudios carmelitanos *Monte Carmelo* y en esa misma revista en el citado 1992 se llevó a cabo la edición crítica ya anunciada de los sonetos.

El primer detalle que conviene anotar es la forma compositiva elegida por su autora, el soneto. La circunstancia es de importancia puesto que el molde formal tomado por la lírica teresiana suele ser siempre el octosílabo cancioneril, preferentemente en su versión

5. Archivo Municipal de Calahorra. Legajo s/n correspondiente al 30 de Diciembre de 1599.

de glosa o villancico, con sus características de verbalismo, conceptismo y cierto amaneramiento retórico, propio de las poesías profanas que le sirvieron de base de inspiración. La crítica más tradicional, entre ellos Orozco, ha subrayado habitualmente la "corriente de poesía cantada" que explica el ritmo y el tono poético de las composiciones de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz[6]. Sin embargo existe dentro de esta poesía mística otra segunda corriente menos conocida de ascendencia boscano-garcilasista que San Juan aprende en la Universidad salmantina y que impone la lira, los poemas de base endecasilábica, cuartetos y estrofas aliradas, etc. Sin embargo el empleo del soneto supone un paso más allá todavía, una suerte de apuesta inédita en nuestra literatura mística. Tal forma compositiva está indudablemente muy lejos de esa corriente de poesía cantada que señala Orozco y mucho más cerca sin duda de la literatura culta de ascendencia italo-petrarquista[7]. Por tanto, situada la poesía de su autora bajo dicho marbete, conviene no perder de vista dicha circunstancia.

En efecto la primera impresión que se desprende al leer sus poemas es la de encontrarnos ante un raro ejemplo de pulcritud y fina sensibilidad, excelentes prendas que se acompañan con un estilo dulce y sabiamente dispuesto. En todo ello supera, sin necesidad de alardes, la más tosca poesía de Santa Teresa y se aproxima en cualidades a la del maestro Juan de la Cruz. Y es con éste último con quien hemos constantemente de poner en relación a la autora. Resultaría muy fácil reconocer en Ana a una seguidora escrupulosa del autor del *Cántico espiritual* puesto que tanto temas, estilo como el tono lírico y sensualismo se asemejan muy cerca de toda sospecha razonable. Pero encontramos en Ana ciertos destellos que, si se me permite, ni aun de soslayo hallamos en Juan de Yepes. Uno de ellos es la presencia constante del yo poético, del tono confesional tomado del rubor místico teresiano, un continuo ofrecerse en el poema en templanza lírica sostenida. En San Juan, sin embargo, es rara la aparición de la experiencia, del éxtasis personal asumido por el poeta como su propia vivencia. Tal vez éste sea el aspecto más relevante de la literatura mística en su contribución a la historia literaria nacional: la aparición del sufrimiento y sentido de la propia experiencia del poeta[8]. Pero, si se me

---

6. Véase su obra *Poesía y mística*, Madrid, Guadarrama, 1959. Del mismo autor son interesantes sus opiniones en sus obras *Manierismo y barroco*, Madrid, Cátedra, 1975;y su espléndida visión del paisaje místico en *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*, Madrid, Ediciones del Centro, 1974.

7. Muy interesantes son los estudios formales realizados por diversos autores del 27 sobre el estilo y la composición mística. Entre otros de Jorge Guillén, *Lenguaje y poesía*, Madrid, Aliaza Editorial, 1969;Gerardo Diego, "Música y ritmo en la poesía de San Juan de la Cruz", *Escorial*, IX, (1942), pp. 163-186. Ambos subrayan la vinculación que vengo indicando, en la línea que Orozco defiende en sus trabajos. En la misma línea que vengo indicando se manifestó repetidamente Dámaso Alonso, en su excelente *La poesía de San Juan de la Cruz (Desde esta ladera)*, Madrid, C. S. I. C. , 1942.

8. Américo Castro, comentando algunos textos de Santa Teresa llegó a decir, muy expresivamente que "Un intento de descripción directa de la vivencia de un estado de ánimo, no se halla antes de Santa Teresa. En la literatura profana brota el lirismo antes del siglo XVI como un balbuceo discontinuo". (*Teresa la Santa y otros ensayos,* Madrid, Alfaguara, 1972, p. 76.

permite, conviene no perder de vista que cierta impronta de literatura femenina marcada por la Santa teresiana explica el que entonces, más que antes, surgiera un conjunto de escritoras que cultivan con este estilo literario sobre todo la poesía[9]. Poesía, por tanto, expresiva, en lucha constante con lo inefable, con el adjetivo que busca descifrar lo inaprehensible. Poesía, por fin, íntima, sensual, aromática, pero también desgarrada, expresión de la lucha entre lo divino y lo humano.

Otra característica que singulariza especialmente la poesía de Ana de la Trinidad es la constante presencia del pensamiento místico más profundo, aquella conciencia contemplativa de los "dexados" castellanos, también llamados "alumbrados". En sus poemas hay una búsqueda constante, común a aquéllos, de la soledad, como por ejemplo en el poema "¡Oh peregrino bien del alma mía!" cuando se ofrece "En soledad, de todo enajenada / desnuda de mi ser y de mi vida, / para ser como fénix renovada". O cuando, en el poema séptimo pide una

"Solitaria quietud a do se anida
el alma con inmensa sed sedienta,
que no cabe en el mundo ni se asienta
sino en estar de todo despedida".

Adjetivos como los ya vistos ("despedida", "enajenada") tenían en su época una clara transcripción religiosa eficazmente explicitada por los dexados o alumbrados[10]. Los franciscanos venían proponiendo desde el siglo XV el recogimiento sistematizado por Fr. Francisco de Osuna en su *Tercer abecedario espiritual*. Pero en 1515, en el palacio del Marqués de Villena en Escalona se plantea la primera gran disensión entre el fraile Juan de Olmillos, defensor de las contracciones musculares y aparentes éxtasis, y Pedro Ruiz de Alcaraz, seglar de Guadalajara, que no admitía los ejercicios de negación de los sentidos y el entendimiento, sino que planteaba dejarse llevar pasivamente por lo que Dios quisiera hacer en su alma. Pronto se acusó a éstos últimos de abandonarse al desenfreno y la promiscuidad sexual, puesto que defendieron, por ejemplo, que un hombre casado ante

9. Entre las diferentes escritoras encontramos a la citada en varias ocasiones por Santa Teresa, la Madre María de San José, la llamada por ella "monja letrera". A la ya citada Cecilia del Nacimiento, hemos de añadir también la Madre Ana de Jesús, Priora de las Descalzas de San José, de Granada. El caso de Sante Teresa o Ana de la Trinidad, por tanto, no es el único, pero sí es revelador que gracias al movimiento místico surgiera por primera vez en nuestra literatura el ejemplo de mujeres escritoras.

10. Acerca de este importante y mal conocido grupo véase el revelador trabajo de Melquíades Andrés Martín, *Los recogidos. Nueva visión de la mística española. (1500-1700)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976. También Pedro Sáinz Rodríguez halla en Santa Teresa algunos elementos que la aproximan a los iluminados en su excelente trabajo, por todos los conceptos, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, Madrid, Voluntad, 1927, p. 23 y ss. Se han buscado también raíces islámicas para explicar el sentido iluminado de nuestros autores, así en el trabajo del insuperado islamista Miguel Asín Palacios, *Huellas del Islam*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941, p. 235 y ss.

las tentaciones sexuales no tenía por qué macerarse u obsesionarse por la posibilidad de pecar, sino limitarse simplemente a dejar que pasasen tales tentaciones.

La estudios más profundos de Santa Teresa ven su relación con los dexados en la común preferencia por la contemplación tranquila y el abrirse a Dios en la oración callada, por lo que se les llamó alumbrados, esto es, por haber superado la vía purgativa y estar en la iluminativa[11]. Y éste es el pensamiento central teresiano, el mismo que está presente en los poemas de sor Ana de la Trinidad. De este modo ella se siente un "átomo", un "mosquito ahogado en la bebida", una "nada" (poema 5). La escritora entonces recurre a la metáfora y al símbolo para expresar el arrobamiento, la entrega, el abandono de su alma. Poesía la suya entonces que repite algunos conceptos de los dexados en sus poemas, cuando, al concluir el primer poema de la colección, dice que

"Fortuna suspendida en esta fuente
mira correr mi llanto, atribuyendo
a Dios la causa, y no se ensoberbece".

Podríamos multiplicar los ejemplos y traer abundante número a este lugar, pero quizás, sea el último término transcrito del poema el que mejor define el alcance religioso del abandono poético:"ensoberbece". La autora con ello expresa la máxima teresiana más importante, la humildad vencedora de la soberbia. En este sentido el abandono de los dexados venía a sustituir el protagonismo del hombre, la soberbia del que se cree capaz de alcanzar a Dios, quedando al arbitrio divino la elección de los señalados por su gracia.

En este punto siente Ana que el mundo alcanza otra dimensión distinta. De tal forma en su ansia, en su búsqueda encuentra su propio fracaso. La antítesis, la paradoja, la "oscura sombra de la noche" (poema 2) se convierte entonces en el único modo de expresar la lucha casi agónica entre su conciencia de búsqueda humana y la máxima del pensamiento de los dexados:"el amor de Dios en el hombre es Dios", según Pero Lombardo expresó en el Siglo XII, tal vez el teólogo más influyente de toda la Edad Media.

La cuarta característica especialmente singular de la autora es la conciencia lingüística explicitada en sus poemas, especialmente en el 14 que vale la pena transcribir íntegramente:

"¿Cómo mi lengua torpe, enmudecida,
metida en alto mar de amor profundo,
sin entender la causa en que me fundo
hablará de su alteza desmedida?.

---

11. Véase a este respecto los trabajos de H. A. Hatzfeld, sobre todo sus *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos, 1976 (3ª edic);o su trabajo sobre *Santa Teresa de Avila*, Nueva York, Twayne, 1969. El autor sintetiza perfectamente lo que vengo indicando y halla abundantes notas reveladoras de aquel pensamiento.

Hallo mi navecilla sumergida,
y si la orilla busco, más me hundo,
que no hay lenguaje o nombres en el mundo
a que compare cosa tan subida.

¿Quién dijera que un Niño de hoy nacido
mi baja musa hace perder de vuelo?,
¿mas, qué mucho si en su ser infundido
tiene el objeto de un amor sin suelo?.
Más queda inaccesible y escondido
cuanto más le descubre el mortal velo. "

Dicha conciencia de hallarse ante lo indescifrable, la confirmación teológica de la insuficiencia de la lengua humana es característica habitual de los poetas místicos.[12] A este respecto son abundantes los textos teresianos o de San Juan. Los místicos establecen una equivalencia entre pensamiento y lenguaje y lo hallan a éste último, por tanto, insuficiente para hablar de lo divino. Pero la poesía, sinónimo de música, es tal vez el vehículo más apropiado para acercarse a aquellos temas espirituales. Ana recurre a la antítesis, la oposición y el contraste constantemente: "por quien vivo y por quien muero", "temiendo si me ama o me aborrece", "crece el dolor creciendo la esperanza" (poema 2). El lenguaje se hace veloz, condensado, casi enigmático en ocasiones, cultista o culterano "avant la lettre". Recurre a la repetición, a la aliteración, al epíteto amplificador (poema 3, que viene a ser un corolario sublime descriptivo). Hay en su poesía una sensación de abstracción profunda y conceptual que en ocasiones hace que el lector relea una y otra vez el poema buscando el significado múltiple de la alusión. En definitiva, Ana utiliza los recursos lingüísticos con feliz fortuna y sobre todo con cierta originalidad.

Es sin duda la utilización de un lenguaje enfático el que mejor caracteriza su poesía. En este sentido la exclamación constante, la interrogación retórica e incluso la adversativa buscan ininterrumpidamente crear la sorpresa y la admiración. Hay, en este sentido, una evidente búsqueda de descifrar lo desconocido, aunque habitualmente la escritora responde a lo intangible con el aturdimiento y el desprecio de la vida mundana. El mundo poético de sor Ana está hecho sobre la disyuntiva (abundante en todos sus poemas);de tal modo que realidad o apariencia, carne o espíritu, amor del amado u odio de él genera el desasosiego. Incluso la propia estructura del soneto manifiesta esta clara dualidad de sus composiciones. El primer cuarteto generalmente expresa la inmensidad de lo celeste, la bondad del firmamento, la inmensidad de lo infinito. El segundo cuarteto, por el

12. Los mejores trabajos sobre este estilo de lo inefable, de la lucha con el lenguaje los encontramos en Víctor García de la Concha en su reveladora obra de *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978. Y sigue siendo imprescindible el trabajo de Francisco Ynduráin, breve pero enjundioso, "San Juan de la Cruz, entre alegoría y simbolismo", en *Relección de clásicos*, Madrid, Prensa Española, 1969, pp. 11-21.

contrario, muestra un mundo cruel, humano y limitado, desarmónico y falaz. Pero los dos tercetos introducen un "Tú" cercano y asequible, amistoso y finalmente el último terceto expresa el abandono de la autora, su entrega, su arrobamiento místico. Tal diseño poético genera continuas dualidades que acaban con una suerte de "conclusio":tal es el carácter de su poesía. Hay una consciente moralina presente en cada soneto, un claro proyecto místico del total abandono en la línea de los "dexados" que ya he apuntado. La alegoría de su obra por todo lo dicho tiene una finalidad no sólo lírica, sino también encierra una doctrina de profundo convencimiento teológico.

Alrededor de esta estructura, Ana sabe crear cierta tensión de lo misterioso, de lo inefable y, en consecuencia, la sorpresa genera en el lector de sus poemas clímax de tensión sostenida. Tan pronto asciende a las regiones etéreas como bruscamente cae en la cuenta de su diminuta pequeñez. Tales movimientos generan en la escritora desfallecimiento, y el propio lector asiste, como si de un espejo se tratara, a los súbitos raptos que termina por hacer suyos. Ana hace bueno, para el lector, el "rapto de la mente".[13] La grandeza de la mística es saber traducir la desagradable e impertinente pequeñez manriqueña ("Recuerde el alma dormida. . . "), o la lobreguez de los Cantos de la muerte o las danzas macabras medievales mostrando la luz de lo infinito.

En su poesía podemos encontrar también todos los "topoi" característicos de la literatura mística:desde el portus quietus, la noche, el alma peregrina, la soledad sonora, la llama encendida, el simbolismo de la salamandra, el vivir sin vivir en mí, el silvo vulnerado, el mar y el viento bíblicos, la barquilla, la mariposa y la llama, la selva oscura, la tórtola viuda. . . Pocas veces -ni siquiera en Santa Teresa- una poesía de asunto religioso está tan preñada conceptualmente, tan cargada de la más completa relación de todos los lugares comunes de sus fuentes.

Capítulo aparte merecería la rica visión del mundo natural en la obra de la escritora carmelita. Aquel mundo exterior se vuelve íntimo. La autora se convierte, así, en la gacela capturada por el cazador divino según la vieja tópica romanceril. El mar, la tormenta, la nave sacudida por las olas recrea inveterados lugares comunes de nuestra literatura profana, como antes hicieron fray Luis, o San Juan de la Cruz. Pero sor Ana siempre añade un dato más personal. Así, cuando nos acaba de introducir en la tópica marina, concluye con una confesión contundente:

"que no me podré hallar en esta sierra
siendo mi amada patria el alto cielo".

---

13. Roger Duvivier, en su excelente trabajo *Le genèse du Cantique spirituel de Saint Jean de la Croix*, París, Les Belles Lettres, 1971 da las claves de esa tensión entre el hombre y el cosmos, el individuo y la infinitud. Todo ello perfectamente aplicable a nuestra escritora, en la tensión creativa que, como en San Juan, se genera.

Cierto sentido realista (queda lejos el mar del monasterio carmelita de Calahorra) se apresta por tanto a dulcificar la impersonal y reiterada tópica.

Pero en Sor Ana hay presente, tal vez porque su vida se proyecta sobre su obra, un sentido de verdad e ingenuidad que no encontramos en otros escritores de la mística. Tal vez porque parece cierto lo que nos cuenta en su poesía, se hacen ciertos a los ojos actuales cada uno de sus versos. En verdad pocas veces vida y obra coinciden tan formidablemente y de tal modo, como sólo ocurre con los mejores escritores, vida y obra caminan cogidos de la mano.

Su poesía es mucho más que una feliz síntesis del pensamiento de su tiempo. La originalidad de la escritora radica en su vinculación a un lenguaje que revela el suspiro del personaje real. En ocasiones alude opinadamente a su "patria deseada", en otras a cómo "tomar corrida fue mi mal penoso". Muestras inequívocas de autobiografismo poético difícil de hallar en otros escritores de su tiempo. Hay, por todo ello, una sensación de realismo patético que no hallamos en la tradicional lírica religiosa, esencialmente reservada en asuntos tan personales.

Así, descubrimos, más allá de la tópica conocida, una confesión de humildad, cuando dice:" que aunque morena, soy también hermosa". Sabemos por su poesía de su delicada salud, que coincide con lo que de ella conocemos. Y resulta asimismo sorprendente en sus poemas la presencia más real y patente del "amado", siempre silenciado en el resto de los poetas místicos. Ana nombra al innombrable, repite en diversas ocasiones el nombre de "Jesús" en una amalgama preciosa del Antiguo y el Nuevo Testamento, de Teología y sentimiento místico real e íntimo.

Por fin, en sor Ana de la Trinidad se hace verdad el sensualismo poético y erótico de la literatura mística. En este punto su fuente clara y diáfana de la que bebe es el *Cántico espiritual* de San Juan. Pero hay sin duda mucho más. Así, es clara la presencia del simbolismo bíblico, la experiencia propia, el aliento de la cultura popular en la elección de la alegoría y el simbolismo que encontramos en el romance, en la copla o en las canciones. Pero porque se trata de una escritura de refinada cultura y de fina sensibilidad no sería difícil hallar abundantes muestras de platonismo agustianiano o del Seudo Aeropagita, de los místicos alemanes (Eckart, Tauler, Suso, Ruysbroeck[14]), de los cercanos Osuna, Laredo, Villanueva en su poesía. En realidad, como vengo ya apuntando, es la suya una feliz síntesis del pensamiento de su tiempo y el punto y final a un Siglo, el XVI, sin el cual es imposible entender la poesía amorosa de nuestros maestros del siguiente siglo -Góngora, los Lope y Quevedo más líricos-. A su vez, la poesía de Ana de la Cruz resume de forma breve y concisa los éxitos de la literatura del "amour courtois", las técnicas del "canto epitalámico", la poesía luisiana y conjuga, tal vez como nunca se ha hecho, las claves poéticas de la literatura culta y la literatura popular.

---

14. Para un estudio más amplio de la mística literaria, fuera de nuestro país, véase el interesante trabajo de Bruce W. Wardropper, *Historia de la poesía lírica a lo divino en la Cristiandad occidental*, Madrid, Revista de Occidente, 1958.

A modo de conclusión, y en la escasez de este trabajo, pienso que ha llegado la hora de realizar un estudio de mayor amplitud sobre aquel importante cruce de siglos, el XVI y el XVII, donde Calahorra tuvo, sin duda, un importante papel dentro de la literatura de nuestro llamado "Siglo de Oro". Sin duda el ejemplo de sor Ana de la Trinidad es importante, no el único, y sin duda también digna de destacar su originalidad dentro de la literatura mística en que se encuadra. Hemos visto su lucha con la lengua, su búsqueda de expresividad, su fina sensibilidad y abundantes recursos técnicos para expresar el sensualismo en sus versos. Literatura, por tanto, que demuestra la madurez de la escritora a pesar de sus pocos años. Feliz amalgama, en realidad, de una vida honesta encarnada en unos versos dotados de verdad que destilan literatura de la mejor calidad.